

JOSI ALVARADO

La Tarara

I Premio SGAE de Teatro Ana Diosdado



JOSI ALVARADO

La Tarara

I Premio SGAE de Teatro Ana Diosdado

fundación sgae

Sin la autorización por escrito de la editorial, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni tampoco su tratamiento o transmisión por ningún medio o sistema.

De igual manera, todos los derechos que de ella dimanen, cualquiera que sea la naturaleza de estos, así como las traducciones que puedan hacerse, incluyéndose igualmente las representaciones profesionales y de aficionados, las películas de corto y largo metraje, recitación, lectura pública y retransmisión por radio o televisión, quedan estrictamente reservados. Se pone un especial énfasis en el tema de las lecturas públicas, cuyo permiso deberá asegurarse por escrito.

Las solicitudes para la representación de esta obra, de cualquier clase y en cualquier lugar del mundo, habrán de dirigirse a Sociedad General de Autores y Editores, SGAE, en la calle de Fernando VI número 4, 28004 Madrid, España.

JOSI ALVARADO

La Tarara

Primera edición, 2020

© De *La Tarara*: Josi Alvarado Valero

© Para esta edición: Fundación SGAE, 2020

Coordinación editorial: Pilar López. Diseño gráfico y de cubierta: José Luis de Hijes.

Maquetación y procesos digitales de edición: spandaeditorial.com

Corrección: Marisa Barreno.

Logotipo de la colección: Francisco Nieva.

Imprime: Estugraf Impresores, SL

Edita: Fundación SGAE

Bárbara de Braganza, 7, 28004 Madrid

www.fundacionsgae.org publicaciones@fundacionsgae.org

ISBN: 978-84-8048-916-4

ISBN electrónico: 978-84-8048-917-1

DL: 19608-2020

A Vero, siempre.

A mi hijo, Biel.

A Raquel, a quien tanto me cuesta decir adiós.

Toma, cariño, mis harapos
que fueron un dulce cuerpo.
Lo he destrozado, lo he gastado,
solo quedan las dos alas.

Marina TSVIETÁIEVA

NOTA DEL TRADUCTOR

La Tarara era una canción de corro que los niños bailaban cogidos de la mano y cuya letra variaba de una región a otra. Algunos especialistas creen que su origen es sefardí, aunque las primeras versiones conocidas datan del siglo XIX. Todavía hoy se puede escuchar en algunas escuelas, eso sí, en la versión de Federico García Lorca, grabada en 1931 junto a la *Argentinita*. Lorca quiso dignificar a la loca de la *Tarara* y evitar las letras que animan a la burla por su androginia o por lo desviado de su comportamiento. Algunas, incluso, incitan a la agresión sexual:

La Tarara tiene
unos pantalones
que de arriba abajo
todo son calzones.

La Tarara tiene
unos calzoncillos
que de arriba abajo
todo son visillos.

La Tarara tiene
un higo en el culo.
Acudid, muchachos,
que ya está maduro.

La Tarara tiene
un vestido negro
con lunares blancos
para los entierros.

La Tarara tiene
un vestido blanco
con lunares negros
para Jueves Santo.

El 18 de julio de 2018 la Organización Mundial de la Salud reconoció por fin que la Tarara no estaba loca; que las miles de personas que están o que transitan de un sexo hacia el otro, con o sin destino, no padecen enfermedad ni trastorno; que siempre han existido las tararas, desde los tiempos de Tiresias, el que enfadó a los dioses y quedó bendecido entre dos sexos y dos mundos y dos serpientes.

Esta es una de las historias de los muchos Tiresias que fueron de lengua en lengua y de canto en canto, escupidos por los chiquillos y maldecidos por los viejos, condenados a vagar entre la noche y sus espadas.

La Tarara

Dramatis personae

ROSA/ROSA NIÑA: *mujer de 43/niña de 8 años*

TELMA: *madre de Rosa, anciana*

MADAME RÈVELOT: *sobrenombre de Encarnación, la cuidadora de
Telma*

CRISTÓBAL: *amante de Telma, profesor de violín*

YASMÍN: *conocida en el barrio como la Tarara, prostituta transexual*

HOMBRE DE NEGRO/LISTZ: *pianista austriaco fallecido en 1886*

UNA VOZ: *psiquiatra de Rosa*

GABRIEL: *guardia civil, amante de Yasmín*

INSPECTOR 1

INSPECTOR 2

DEPENDIENTE *de Galerías Preciados*

El símbolo “/” indica que la frase queda en suspenso o es interrumpida por otra alocución

I

ROSAS Y PENSAMIENTOS

Alicante, 2 de junio de 1988

ROSA.— Tengo todo el jardín lleno de rosas bordes. Esta mañana tu nieta ha dicho “teta”. Teta. Así, sin venir a cuento. Ha mirado a su madre y ha dicho “teta”. Antes que mamá o papá. Me paso el día amamantándola y ella nunca tiene suficiente. La lactancia es una larga despedida para los niños, igual que lo es la demencia para los viejos.

Tú nunca me explicaste cuántos meses me diste teta, ni siquiera sé si lo hiciste. Hoy he plantado rosas bordes en el jardín, son más fáciles de cuidar que las rosas normales, no cogen pulgón. Eso dicen. Aunque hay que hablarles. Cada tanto hay que ponerles fertilizante y regarlas, claro. No es como tener un cactus, hay que prestarles mucha atención y, aun así, se secan, no les basta el rocío.

A veces lloro al borde de las cosas. Como cuando era pequeña y todo lo demás era grande e inasible, eterno y hermoso, vasto y frío, y un horror, como en un poema de Hölderlin. Recuerdo que a menudo paseaba por las calles con olor a viejo y a sal, y a club de alterne, y veía el sol remolón de la mañana relamer los adoquines meados por los gatos del Raval y me tenía que tapar la boca para sofocar los sollozos. Los olores y algunos tipos de luz que eran nuevos para mí me hacían llorar de emoción y de dolor, de desconcierto y de miedo, como llora un recién nacido al abandonar el útero materno.

Así es que paseaba por el canal del parto que era para mí la calle san Andrés, sembrada de marineros franceses en busca de un desahogo. Paseaba con la mano en la boca, lo cual tú atribuías

a que me sentía acomplejada por mis recién estrenados dientes incisivos, demasiado grandes para mi pequeño cuerpo, asustado por la vida trepidante, extasiado por el rojo de labios de las putas alegres y por los destellos de sal de los peces lívidos que los pescadores llevaban al Mercado de Abastos en carretas desvencijadas entre tembleques y bamboleos y chistes verdes.

Muchos estamos condenados a ser niños por siempre y a taparnos la boca para que nadie lo note. También lloré con la mano así cuando se secaron los pensamientos de mi jardín. No sabía qué hacer ni cómo consolarme cuando se supone que tenía que estar tan feliz porque iba a ser madre. Compré más, muchos más, y, claro, ahora tengo todo el jardín lleno de pensamientos y una niña agarrada a mi pezón y adicta a mi pecho. Solo cuando nació tu nieta dejé de llorar, mamá. Dejé de llorar para empezar a cagarme de miedo: tener un hijo bloquea todos los demás sentimientos. Está solo el miedo, cagarse de miedo esperando que tu niña se rompa el alma contra cualquier esquina de la vida. Creo que te gustaría conocerla, se pasa el día durmiendo, como tú. Tu cuidadora, madame Révelot, te leerá esta carta.

Te echo de menos. Un beso,
Rosa

MADAME RÉVELOT.— Señora, hay un regalo para usted.

TELMA.— ¿Qué es esto?

MADAME RÉVELOT.— Ha llegado esta mañana por correo. Sin remite. Parece un álbum de fotos.

TELMA.— No es de fotos. Es de recortes de periódico.

MADAME RÉVELOT.— Ah, su hija le ha confeccionado un álbum precioso para que usted no la olvide y siga sus pasos. Son fotos, recortes de/ Ah, fíjese, ahí tenía apenas, ¿qué?, ¿quince años? O/ Qué violín tan bonito, y elegante. En esta otra está muy guapa:

Filarmónica de Berlín. Praga, Salzburgo, Sídney, Copenhague...
Qué importante es su/

TELMA.— No me lo ha enviado ella.

MADAME RÉVELOT.— ¿Ah, no? ¿Y entonces quién?

TELMA.— Tíralo a la basura.

2

EL SALTAMONTES EN LA TAPIA

Alicante, 20 de abril de 1992. Han pasado cuatro años

ROSA.— Ayer estaba cortando rosas y pensé otra vez en ti. Un saltamontes se estaba comiendo los pétalos. Al punto de aplastarlo entre mis dedos pulgar y corazón me acordé de ti. Y fue como querer matarte.

Me quité los guantes de jardinero y sostuve el saltamontes con delicadeza. Lo dejé encima del murete que nos separa de la vecina.

Este saltamontes solo tiene una vida. Esta vida. Tiene algo de marioneta y de helicóptero, de ingenio alado del Renacimiento y de tijeras, de cirujano circunspecto y de hoja de árbol temblona. Tiene algo de escucha atenta de los vientos. Y tiene mucho de indiferencia ante la vida, de silencio, de sometimiento, de sueño, o acaso de arrobo.

Por eso me recordó a ti.

A veces juego a reunir recuerdos que no encajan. Como cuando te vi aovillada durmiendo en el patio calcinado de la casa. Eso fue después del incendio.

Me acerqué y te pedí que me contaras un cuento, porque solo cuando me cuentas cuentos, mamá, dejo de tener miedo.

Te diste la vuelta y te arrebujaste en la oscuridad de tu antebrazo, doblado ante los ojos y sucio de hollín. Te agarrabas con fuerza a un pañuelo de hombre. Yo me quedé allí, a tu lado, apretada contra tu cuerpo silente y convulso hasta que se hizo de noche. Queriendo ser el pañuelo.

A los saltamontes les gusta la luz. Yo siempre me he sentido mejor en la semisombra.

Solo cuando me cuentas cuentos dejo de tener miedo, mamá.

Dile a madame Révelot que te lea esta carta dos veces y que te recuerde que me llamo

Rosa

y que soy yo, tu hija.

PD: He plantado nomeolvides. Dan unas flores azules y pequeñas. También se sienten mejor en la semisombra.